

Defensa de mis Señores los Médicos y Cirujanos*

¡Qué sinrazón tan dura! ¡Qué odio tan insaciable contra los ministros de Dios, que ejercen la medicina o la cirugía! ¡Cualquier hijo de vecino apenas ve la cruz, ha de gritar contra ellos! Dos días de nacido no cabales tiene el *Diario de México* y ya enristró su lanza contra ellos, sus pistolas, fusiles, o cañones de artillería, y otros han mojado en la sangre de los mismos sus machetes, puñales, dagas, o espadas, y los han visto, a pesar de los diarios de toda Europa, y de los Feijoo, los Cadalsos, los Gazolas y otros innumerables, triunfar del universo; porque ¿no es cierto qué durante una guerra tan obstinada casi no ha habido enfermo ni difunto que no haya pagado tributo al médico, o al cirujano? Aun cuando las muertes han sido repentinas, algo les han pagado porque dijeran que estaba muerto, porque mandaran sangrar el cadáver, o aplicarle cualquiera de los incontables específicos que hay en las boticas, cuya aplicación y la ganancia del boticario son tan ciertas, como lo es que por ellas ninguno resucitará. ¿Y esto no es haber triunfado los médicos?

¿Y cuántos triunfos no han conseguido con el opio y el aguardiente? ¿Cuánto bien han hecho a los viñateros? ¿Cuánto a los curas, a los religiosos, a los sacristanes y sepultureros, a los sastres y luteros, a los mercaderes y

* Anónimo, "Defensa de mis Señores los Médicos y Cirujanos", *Diario de México*, t. 1, núm. 15 (15 de octubre de 1805): 1-3.

cereros &c.? ¿Cuánto bien no han hecho, por otra parte, a tantos que han muerto ebrios o zarazoncitos, sin lo cual se habrían espantado al ver tan cerca el tribunal divino, al cual han pasado sin susto, como quien bebe un trago de aguardiente?

¿No es cierto que el mayor número de vivientes se forma de viciosos, que contaminan a otros y cometen muchos pecados y delitos? ¿Y no es verdad que los justos son pocos? ¿Quién, pues, ha librado a la sociedad de los unos y despachado a los otros a recibir en el cielo la recompensa de sus virtudes, juzgando de tejas abajo? Y aunque se juzgue de tejas arriba, ¿no es la altísima providencia de Dios la que se ha valido del cirujano para cortar a aquel la pierna, a fin de que no abuse tanto como lo haría con las dos sanas? ¿Para sacar a aquel el ojo o quitarle la vista lasciva y malignante? ¿Para hacer mancos, tullidos, jorobados &c., de cuyo modo no pueden hacer todo el mal que hicieran? ¿No se dignó el Señor de valerse del médico sabio para que errase la cura y muriese aquel el día que estaba decretado? ¿Y no permitió que el ignorante disparase a otro tal carga cerrada que no pudiera resistirla su complexión, aunque tan robusta?

Es verdad que Dios no necesita de los médicos ni cirujanos, ni de otro alguno para que unos padezcan los males y otros mueran: es verdad que un médico malo es más temible que la fiebre amarilla, el insulto, la apoplejía y todas las enfermedades; y lo es también que los poquísimos buenos

yerran sin remedio muchas veces, pero todos son ministros ejecutores de la justicia de Dios. Los jueces de la Tierra tienen verdugos, que ejecutan en los delincuentes los castigos: ellos ponen grillos, esposas y cadenas, ahorcan, dan garrote y azotan cruelmente, y así cumplen su obligación y llenan los deberes del oficio que les ha tocado: ¿Peca, delinque el verdugo que por mandado del juez raja vivo con los azotes duros al jayán robusto que ayer asaltó intrépido al caminante, le quitó el caudal y la vida? ¿Peca o delinque el que ahorca a éste o al reo de otros crímenes? No ciertamente. ¿Pues por qué se ha de creer delincuentes a los verdugos del supremo juez, que no azotan ni ponen grillos ni cadenas, ni ahorcan a alguno? Antes bien, la misma diversidad de los castigos que ejecutan los médicos y cirujanos está diciendo que son verdugos nobles, y no infames como los de los jueces de la Tierra.

¿Qué, ignoran los que tanto gritan contra los médicos y cirujanos que las enfermedades y las penas de las bebidas, rupturas, parches, sajaduras, mutilaciones, &c., son castigos de los pecados? ¿No saben que, toleradas con resignación y paciencia, pueden merecerles el cielo y ahorrarles mucho purgatorio? ¡Ah, si los médicos y cirujanos fueran vengativos, qué sería de sus murmuradores! Porque al cabo caerán en sus manos, y yo su defensor caeré también en ellas; porque si es imposible escaparse de las del verdugo de la justicia humana, el que está en la cárcel de piedra o de madera,

¿cuánto más imposible será escapar del verdugo de la justicia divina, el que está en la cárcel de su cuerpo?

Pues hagamos justicia a la razón y a la verdad: yo no soy médico ni cirujano, ni entiendo una receta ¡bendito sea Dios que me hizo tanto beneficio! Pero conozco, y debemos todos conocer que ellos son los verdugos, nombres de la justicia eterna, y que si no hubiéramos pecado ni pecáramos, ciertísimamente estaríamos libres de tales castigos: nuestros pecados son la causa de que haya médicos, cirujanos, barberos, boticarios, &c. Convirtamos, pues, nuestra ira contra nosotros mismos: besemos el azote y la mano del verdugo que la providencia de Dios nos destinare, y así no seremos injustos.